

PAULA IZQUIERDO

El callejón  
de los silencios

X PREMIO **JOÑO** DE NOVELA  
GRUPO

algaida



Un jurado presidido por Alfredo Conde y compuesto por Ángel Basanta, Benjamín Prado, Eugenia Rico y Manuel Rico designó a la novela *El callejón de los silencios*, de Paula Izquierdo, ganadora del X Premio Logroño de Novela, convocado por el Ayuntamiento de Logroño, la Fundación Caja Rioja y Algaida Editores (Grupo Anaya).



Diseño y fotografía de cubierta: Jose Luis Paniagua

Primera edición: 2017

© Paula Izquierdo, 2017  
© Algaida Editores, 2017  
Avda. San Francisco Javier, 22  
41018 Sevilla  
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54  
e-mail: [algaida@algaida.es](mailto:algaida@algaida.es)  
ISBN: 978-84-9067-761-2  
Depósito legal: SE. 178-2017  
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

## ÍNDICE

|   |     |
|---|-----|
| I. Vértigo .....                          | 15  |
| II. Esquizofrenia .....                   | 25  |
| III. Psicosis .....                       | 33  |
| IV. Sociopatía .....                      | 47  |
| V. Estrés postraumático .....             | 49  |
| VI. Bipolaridad .....                     | 55  |
| VII. Manía .....                          | 61  |
| VIII. Psicopatía .....                    | 69  |
| IX. Trastorno límite de la personalidad . | 77  |
| X. Ansiedad .....                         | 85  |
| XI. Agorafobia .....                      | 101 |
| XII. Trastorno obsesivo compulsivo ....   | 113 |
| XIII. Claustrofobia .....                 | 121 |
| XIV. Autismo .....                        | 129 |
| XV. Politoxicomanía .....                 | 137 |
| XVI. Demencia .....                       | 145 |
| XVII. Alzheimer .....                     | 151 |

|         |                                    |     |
|---------|------------------------------------|-----|
| XVIII.  | Bulimia . . . . .                  | 157 |
| XIX.    | Complejo de inferioridad . . . . . | 165 |
| XX.     | Anorexia . . . . .                 | 175 |
| XXI.    | Neuroticismo . . . . .             | 179 |
| XXII.   | Ludopatía . . . . .                | 185 |
| XXIII.  | Complejo de superioridad . . . . . | 195 |
| XXIV.   | Alcoholismo . . . . .              | 201 |
| XXV.    | Histeria . . . . .                 | 211 |
| XXVI.   | Adicción al sexo . . . . .         | 219 |
| XXVII.  | Depresión . . . . .                | 227 |
| XXVIII. | Complejo de persecución . . . . .  | 231 |
| XXIX.   | Estados crepusculares . . . . .    | 237 |
| XXX.    | Frigidez . . . . .                 | 245 |
| XXXI.   | Hiperactividad . . . . .           | 249 |
| XXXII.  | Trastorno eréctil . . . . .        | 255 |
| XXXIII. | Paranoia . . . . .                 | 261 |
| XXXIV.  | Duelo . . . . .                    | 265 |

*A Guillermo Izquierdo,  
mi querido, auténtico y maravilloso padre*



Nada es lo que parece.

Siempre arrastramos el pasado con nosotros.

*El silencio es, a veces, el más horrendo de los gritos.*



## NOTA DEL NARRADOR

Los títulos de los capítulos corresponden a algunos de los trastornos que se estudiaban en los años ochenta en la Facultad de Psicología de la Universidad Complutense de Madrid, salvo la adicción al sexo, que fue reconocida como tal por la Organización Mundial de la Salud en el año 1986.



# I

## VÉRTIGO

**A**L POCO DE COMENZAR SU VIDA EN COMÚN, MANTUVIERON una relación íntima que llegó como se fue; sin hacer ruido. Una vez superada la tensión sexual, siguieron conviviendo y siendo tan o más amigos que cuando se acostaban. Ahora que Mirna lo intenta razonar cree que ese paso por la cama de Miguel fue una travesía necesaria. Después, el vínculo de amistad perduró, e incluso las confidencias y la comunicación se hicieron más fluidas, sin reproches ni recelos, sin exigencias ni compromisos. Se había ido enfriando el deseo sexual pero, a cambio, había ganado un amigo que ella consideraba que sería para siempre. Miguel se transmutó en un confidente incondicional. Hoy en día aún siguen viéndose de vez en cuando. En el momento en que decidieron no seguir juntos, no hubo una palabra más alta que otra. Mirna se dio cuenta de que, a veces, hay una etapa en que el amor se acaba y se transforma en otra cosa, quizá pueda llamársele cariño, amistad, costumbre o necesidad. Se ha-

bían vuelto cómplices y la convivencia todavía resultaba más cómoda. Ambos aspectos funcionaban perfectamente y ninguno de ellos se planteó cambiar de apartamento o separarse definitivamente, la única diferencia que existía con respecto al periodo anterior es que no mantenían relaciones sexuales. Habían llegado a ese momento de mutuo acuerdo, ninguno de los dos pensaba que era culpa del otro; ambos aunque parezca poco usual, dejaron de desearse carnalmente, Mirna no sabía cómo explicarlo, quizá se debiera al hecho de que ella necesitaba su espacio, y vivir con el hombre con el que se acostaba liquidaba una libertad para la que no estaba preparada. ¿Quién sabe?

Sin darse cuenta, el tiempo había pasado y aquél era el último día para ella y su vida previsible. Nunca le habían gustado las despedidas, pero estaba resuelta a dar a su existencia un cambio radical. La decisión la había tomado varios meses atrás y Miguel le había servido y ayudado para actuar de una forma tan determinante.

La ventana del cuarto, que la noche anterior había dejado abierta para que entrara el fresco de la noche, golpeó varias veces y Mirna se despertó súbitamente debido al repiqueteo constante de la misma. Todavía no había amanecido y la oscuridad de una noche sin luna, inmaterial, se construía de silencio, de una oscuridad obscena, inquietante. Siempre dejaba los visillos corridos para que entrara el sol, pero aquel día era demasiado temprano y no había amanecido aún.

A tientes, palpó la radio y la puso en funcionamiento. Sólo eran las cinco y cuarto de la madrugada y en la emisora se oía la repetición de un programa deportivo que detestaba y que habitualmente oía a la hora de acostarse. Es cierto que era su mejor somnífero, pero oírlo dos veces seguidas en el transcurso de cinco horas era como una pesadilla. El problema es que su radio-despertador era digital y no estaba de humor para sintonizar otra emisora, así que se despezó y se levantó de un brinco; luego encendió la luz de la mesilla. Hoy era el día, pero sentía un miedo desmadejado, confuso. ¿Por qué sentía temor, vértigo? Quizá la sensación de enfrentarse a un precipicio, pero pensó: ¿No es la vida un abismo permanente donde un mal paso puede llevarte para siempre y no dejarte volver? Tampoco era tan grave, ¿qué era lo peor que le podía pasar?

Siempre dormía desnuda, de modo que se puso una camiseta larga de tirantes, a modo de vestidito, y se acercó a la cocina, procurando no hacer ruido para no despertar a Miguel. Preparó una cafetera y aunque sabía que no le convenía fumar teniendo el estómago vacío, se encendió un cigarrillo mientras veía cómo el agua oscura se decantaba en la jarra de cristal. Sin esperar a que terminara de llenarse, sacó el recipiente de la cafetera y se sirvió un café en una taza de porcelana; un regalo de un antiguo amorío, en cuyo interior se podía leer: «Lo mejor está en el fondo» y, apoyándose en aquel recuerdo algo amargo que aún no había terminado de madurar, volvió a su dormitorio.

rio. Somos el resultado de todos aquellos que pasan cerca de nuestra vida, pensó.

Comenzó a arreglarse, tarea esta que, a veces, le suponía un suplicio y le hacía dudar de la razón de repetir esa rutina diariamente. Se duchó, se lavó la larga melena, se frotó con la toalla para entrar en calor. Se cepilló con fruición para deshacer los dichosos nudos que se le hacían en su extenso pelo rizado y, después de extenderse la crema hidratante por cada centímetro de su cuerpo con prisa pero meticulosamente, se atavió como solía hacerlo para ir al colegio: una ropa neutra para un trabajo neutro. No tenía la suerte de sus alumnos que vestían con uniforme, aunque su atuendo era más o menos como el de ellos; nunca se salía de lo que se esperaba de una mujer joven y atractiva, pero con el aspecto autoritario como para crear una cierta distancia con los chiquillos, algunos de ellos en plena ebullición hormonal.

Estaba inquieta, pero no consideraba que hubiera posibilidad de modificar el rumbo que había marcado en su cuaderno de bitácora imaginario: volvería a la universidad. Se había matriculado en el primer curso de doctorado de Psicología Social, porque se consideraba absolutamente incapaz de especializarse en Psicología Clínica; su forma de ser no se lo permitía, ni siquiera se le había pasado por la cabeza trabajar en un gabinete de psicología. Sabía que para ella era imposible tratar a pacientes y que éstos y sus problemas no se fueran con ella a casa. Bastante tenía con intentar resolver los suyos propios.

Tendría que haber hecho los cursos de doctorado cuando terminó la carrera, sin embargo, se embarcó, animada por una amiga, Carolina, a hacer un peritaje en Magisterio y poder así trabajar cuanto antes y ganarse la vida. Después de pasar el examen pertinente, buscó plaza en varios colegios hasta que por fin fue admitida en uno: aquel donde ella había cursado sus estudios, y así fue como comenzó a dar clase a los chicos de secundaria. De este modo inició su andadura laboral, y lo cierto es que los primeros meses fueron muy gratificantes; disponer de dinero, sin tenérselo que pedir a sus padres, le había quitado un gran lastre de encima. Una traba que sólo le competía a ella, ya que sus padres le daban dinero con complacencia. Además, consideraban que su única hija era lo mejor que les había pasado en la vida y se sentían felices de poder ayudarla económicamente. Pero ella notaba que al ser hija única había estado sobreprotegida y necesitaba, en definitiva, demostrarse que podía valerse por sí misma, sin la mirada atenta de sus progenitores. Mirna, a pesar de sus anhelos primarios y del incentivo de tener una nómina, lenta e imperceptiblemente, a mediados del segundo año como docente, fue consciente de que quería hacer algo más, que necesitaba seguir aprendiendo, conocer otros entornos, cambiar de vida; era demasiado joven para acomodarse a un trabajo que no le permitía crecer como persona. En definitiva, deseaba relacionarse con gente adulta que tuviera inquietudes e intereses similares a los suyos. Entonces, cuando estudió Magisterio, lo único que la motivaba era ganarse la vida de una u otra forma.

En el momento en que empezó a dar clases apenas obtenía el suficiente dinero para pagar los gastos fijos, es decir, el alquiler, los suministros de la buhardilla y poco más. Pero la búsqueda de la independencia, vivir por sus propios medios sin tener que dar razones a nadie, era lo único que deseaba conseguir. Poco después de comenzar su trabajo, heredó de su tía soltera, una mujer que la consideraba como una hija, una cuantiosa cantidad de dinero, por lo que la vida comenzó a resultarle algo más respirable. Aunque no era excesivamente caprichosa y no solía gastar más de lo imprescindible, ahora podía darse algún que otro gusto, hecho que hasta entonces había sido impensable. Desde luego, no pretendía derrochar el dinero que había heredado. Quién sabe cuándo volvería a ganarse un sueldo. La determinación de dejar el colegio y, por tanto, de no percibir unos ingresos fijos a corto plazo, fue lo que la decidió a seguir compartiendo la buhardilla con Miguel. Se pusieron de acuerdo y el último año en que dio clases en el colegio se instalaron en una pequeña buhardilla en el centro de Madrid, en un callejón que daba a la Gran Vía.

Como ninguno de los dos se sentía acuciado por encontrar en un breve plazo de tiempo el lugar que a ambos les gustase y que económicamente no fuera un despilfarro, después de cinco meses de búsqueda dieron con el tipo de casa que deseaban por un precio, además, irrisorio. La dueña, entrada en años, lo único que quería es que, mientras ella pasaba sus últimos días de vida en una residencia para ancianos, aquellos que alquilaran su pequeña buhardilla en el centro de Madrid resultaran de su

confianza y cuidaran de aquel hogar que había sido suyo durante más de cuarenta años. En cuanto firmaron el contrato con la anciana, comenzaron a vivir juntos.

Miguel, un chico que en su día llegó a ser una especie de novio, quizá por el roce diario o por lo bien que se entendían en todos los aspectos, terminó convirtiéndose en su mejor amigo acompañándola en el discurrir de los días. Lo había conocido a través de una de sus compañeras de la carrera con la que seguía teniendo una entrañable amistad. Miguel y ella, antes de irse a vivir juntos, habían tenido oportunidad de conocerse y sobre todo de entenderse bastante bien. Al principio solían quedar con Beatriz, la amiga que compartían, pero la empatía entre ambos hizo que empezaran a citarse los dos solos. Los dos necesitaban independizarse y vivir por su cuenta. Después de analizar los pros y los contras, decidieron compartir la encantadora buhardilla y así ahorrar en gastos.

Al iniciar esta nueva etapa de amistad, ninguno de ellos comenzó otras historias con terceros y su vida en común resultaba sumamente agradable. Una vez superado el deseo sexual que se produce en cualquier contacto reiterado entre macho y hembra que desprenda cierta química, habían conseguido coexistir como dos seres humanos con las ansias de la seducción recíproca aplacadas. Era una situación poco habitual, pero su cariño parecía estar por encima de cualquier otro tipo de intimidad afectiva. En-

tonces, mientras estuvo presente en su día a día, no fue consciente de que en el fondo tal vez él todavía escondiera algún tipo de deseo inconfesable.

Miguel fue el máximo valedor para que dejara el colegio después de dos años y buscara algún trabajo que la llenara más, que le impusiera nuevos retos y dificultades; también le sugirió hacer los cursos de doctorado, leer la tesis y trabajar como profesora en la universidad. Miguel, de una manera casi imperceptible, pasó de ser su novio a convertirse en una especie de hermano mayor. Siguieron cenando juntos, yendo al cine, saliendo a tomar copas. Continuaron contándose todo como antes, aunque a la hora de irse a dormir cada uno elegía una puerta distinta. Aun así, durante los primeros meses después de haber concluido su relación sexual, Mirna notó cómo, en alguna ocasión, a él se le torcía el labio ligeramente cuando ella le hablaba de algún compañero de doctorado o de alguien que había conocido por distintos motivos. Ella no quiso darle importancia. Era un gesto de contrariedad que denotaba un cierto malestar, pero ella lo interpretó como si aún le quedara un resquicio de aquello que hubo entre ambos y a él le molestara, en lo más profundo de su ser, que alguien pudiera distraerla de la amistad que en aquel momento los unía. A ella, en cierto sentido, también le ocurría algo similar. Ese verano de finales de los ochenta, una vez dejado su trabajo como profesora y antes de que empezara el curso de doctorado, cuando ya la relación había terminado y Mirna disponía de mucho tiempo libre,

se dedicó a releer los antiguos libros que en su día estudió sobre Psicología Social. Recuerda que en aquel verano soñó muy a menudo con Miguel. Solían ser sueños eróticos. Uno de los sueños más vívidos era cuando él le atrapaba por la espalda estando ella en la cocina y sólo llevaba puesto un delantal, como si se tratara de una bata de hospital que deja el dorso al aire y sólo una cinta estrecha se anuda a la espalda a la altura de la cintura. Entonces él, sin forzarla pero con ímpetu, se introducía en su cuerpo a empujones cada vez más urgentes, mientras le tocaba los pechos suavemente y le mordisqueaba el cuello. Otras veces, el escenario variaba y tenía lugar en el cuarto de estar; Miguel le quitaba la manta que cubría su cuerpo desnudo y expectante para ser cubierto por el suyo. Todos estos sueños trastornaban a Mirna, de hecho, había veces que no salía de su dormitorio hasta que Miguel se iba a trabajar para no encontrarse con él. Por un miedo absurdo a que su cara delatara lo que durante la noche había vivido en sueños como si fuera una realidad.

Él era un superdotado en tecnología informática, de ahí que ocupara un buen puesto de trabajo en una multinacional americana de desarrollo de *software*, que se dedicaba a dar soporte y atención a los clientes que requerían de sus servicios. En aquella época la tecnología se encontraba en sus momentos incipientes, al menos en España, y Miguel, autodidacta, se había creado un perfil perfecto para los tiempos que corrían. Tan fundamental era en su trabajo, que pronto se dio cuenta de que se había vuelto

imprescindible para su empresa, situación que le proporcionaba una tremenda sensación de seguridad. A veces, éste bromeaba diciéndole:

—Tú has enseñado a niños de diez o catorce o más años, pero yo trabajo con bebés recién salidos del nido.

Mirna, también en aquel terreno de la tecnología, se sabía completamente inútil. Cualquier error o mensaje que apareciera en su ordenador hubiera sido motivo de un cataclismo si no hubiera obtenido la ayuda de Miguel. Mirna siempre había sido una analfabeta tecnológica y se encontraba perdida y sin brújula en aquel mundo de los ordenadores que para ella era totalmente ajeno y, en cierta medida, mágico. Notaba cómo aquellos bichos le desordenaban su mente y le parecía que se comportaban de una forma aleatoria, al menos para ella.